

XV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después de haber entrado en su cuarto, el señor Dubreuil sacó del armario una caja con dos pistolas que hacía algunos días había comprado. La abrió, y después de haberse asegurado de que estaban cargadas, fué á sentarse delante de su escritorio, escribiendo allí á su mujer, y diciéndola la triste situación de sus negocios, y que no la había confiado sus dolores por no entristecerla más, pues bastante tenía con los suyos propios. La decía también que, á la hora en que leyera aquella carta, ya habría muerto. Tenía el proyecto de ir á morir á *Ville-d'Avray*, con objeto de evitar una alarma inútil en su casa, y, además, porque allí había muerto su hija. No discutió absolutamente nada el acto que iba á cometer, ni trató de revestirle de un carácter caballeresco, ni de defender, ni

aun siquiera de disculpar el suicidio; dijo, al contrario, que tal vez fuera la víctima de un exagerado honor, pero que creía hacer lo que debía. Rogaba á su mujer que no guardase de su fortuna más que lo estrictamente necesario para vivir, y pagara con el resto á los acreedores de su casa de comercio. Terminaba su carta con estas palabras:

«Te pido perdón por dejarte tan sola y sin ningún apoyo en este mundo; pero desde la muerte de nuestra hija eres tan desgraciada, que nada podrá aumentar tu dolor, que ningún otro sufrimiento podrá tener cabida en tu corazón. Tú me lo decías hace un instante: «me siento morir!» ¡Muere, pues, también, pobre amiga mía! La encontrarás allá arriba en el cielo, y puede ser que, después de haber expiado el crimen de que me voy á hacer culpable, Dios me reúna algún día á vosotras.»

Gumplidos estos últimos deberes, llamó y dió orden de ir á buscar un carruaje. Sus ojos se fijaron entonces sobre un cuadro al óleo colocado sobre la chimenea. Era un precioso retrato, representando á su mujer resplandeciente de bondad y de salud, y sonriendo dulcemente á su hija, que estaba cogida de su cuello.

Todo el pasado reapareció ante su vista: vió aquellos dos seres queridos muy alegres y sonrientes. Transcurridos algunos segundos...., los

suficientes para que á sus ojos pasara toda su vida anterior:

—Vamos (dijo, levantándose); ya puedo morir. He disfrutado de todos los gozes de la vida.

Abrochó su levita, colocó debajo del brazo la caja de pistolas, y mirando por última vez aquel cuarto, que le recordaba mil dichas pasadas, se dirigió hacia la puerta. En el momento en que iba á abrirla, un criado entró.

—Está ahí una señora que desea hablaros, y, á pesar de haberla dicho que ibais á salir, ha insistido tanto, que he creído de mi deber....

—No tengo negocios con ninguna señora. ¿La conocéis?

—No, señor.

—Pues entonces decidla que me he marchado ya.

Pero en el mismo instante, aquella de quien hablaban penetró en la habitación.

—Os pido mil perdones, caballero (dijo), por haber entrado, á pesar de vuestras negativas para recibirme; pero los poderosos motivos que me inducen á veros me servirán de seguro de disculpa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora (dijo el señor Dubreuil, que, no pudiendo evitar esta visita, quiso portarse como un hombre bien educado). Permittedme solamente recordaros que iba á salir con gran prisa.

—¡Con gran prisa! (repitió la dama, con una voz dulcísima.) Estáis obcecado; permídmelo. Nunca debe tenerse prisa para ejecutar un proyecto como el vuestro.

—¿Qué queréis decir, señora?... No os comprendo....

—Pero yo os he adivinado. Esa caja que tenéis en la mano es evidentemente una caja de pistolas: lo veo en su forma plana y alargada.... Se trata, pues, de un duelo ó de un suicidio; pero como no es costumbre el batirse á las nueve de la noche, deduzco que os queréis matar.

—Esas palabras me extrañan, señora, y sobre todo viniendo de una persona á quien no tengo el honor de conocer.

—Ya os diré quién soy, caballero; pero antes dejadme deciros: «Vais á morir, y yo quiero salvaros.»

—¡Salvarme! (exclamó vivamente el señor Dubreuil, sin poder contener un movimiento de alegría; pero cambiando bruscamente de tono): Señora (continuó): creedme; dejemos esta entrevista, que no puede durar mucho, y que, por otra parte, envuelve una broma que no estoy en este momento en estado de comprender.

—No, señor Dubreuil; hablo de veras, muy de veras; la cosa bien vale la pena: se trata de la vida de un hombre, de un banquero honrado,

víctima de un robo considerable. Os veis obligado á declararos en quiebra, y habéis resuelto mataros. Yo respeto vuestra opinión severa é injusta, que os hace creer que estáis deshonorado, cuando otro en vuestro lugar diría: «No he tenido la culpa; es necesario volver á empezar».

—Cada uno es juez de sus actos: ¿pero la nueva de mi ruina se ha extendido ya de tal suerte, que ha llegado á vos, á quien no he visto en mi vida?

—No, nadie la conoce.... vuestro cajero y uno de los empleados del Banco de Francia son los que solamente saben que durante diez años habéis pagado todas las letras que vencían contra vos á su presentación, y que ahora no lo habéis hecho; pero aún hay tiempo hasta mañana á mediodía para hacerlas pagar, y nada os será más fácil si os dignáis aceptar la suma que vengo á poner á vuestra disposición.

—Por lo que veo, señora, os habéis propuesto hacerme caminar de sorpresa en sorpresa.

—Nada más sencillo. No se encuentran todos los días hombres que unen la habilidad comercial á los sentimientos más delicados de sus deberes; hombres que quieren matarse porque han sido solamente desgraciados, y cuando por casualidad se les encuentra, debe uno considerarse feliz, si consienten en administrar su fortuna.

Yo soy, pues, quien os estará agradecida si os dignáis aceptar los fondos de que puedo disponer.

—Os doy las gracias, señora, por la buena opinión que de mí habéis formado; pero no puedo creer que ella sola sea la causa de vuestra generosa oferta, y espero, por consiguiente, que tengáis la bondad de hacerme conocer el verdadero motivo de tan generoso ofrecimiento, y también os ruego que me digáis quién sois, porque aún no lo sé.

—¿Que quién soy? Voy á decíroslo..., y á decíroslo francamente, para que no os cause desprecio y tengáis paciencia al escucharme.... Yo no estoy casada, y sin embargo he vivido como una mujer que lo está..., que tiene muchos, una multitud de maridos. Era pobre, y, gracias á ellos, soy rica. ¿Con qué nombre me designaréis?.... No lo sé; lo dejo á vuestra elección. Soy madre, y amo á mi hija con toda mi alma. Veo vuestro asombro, y es que tal vez no comprendéis que pueda existir semejante sentimiento en una mujer como yo: yo misma no me lo explico; pero lo siento, y esto me basta.... He jurado que mi hija no sería lo que yo he sido; que no seguiría la vida que yo he seguido. Quiero que sea una joven sin tacha, una mujer honrada. Si continuara siempre cerca de mí, la educaría santamente, porque una madre es siempre pura para

sus hijos; pero ya en la edad de la razón, al saber mi pasado, tal vez quisiera vivir como yo he vivido, ó bien me despreciaría, á lo cual jamás podría acostumbrarme. Por eso he resuelto encontrar para esta niña una familia adoptiva, ó un hombre que llegara á ser para ella un padre que no tiene, una mujer que ocupe el lugar de su madre, puesto que ésta es indigna de ocuparle.... He esperado, he buscado largo tiempo, hasta que por fin me han hablado de vos, de vuestra santa mujer, que ama tanto á los niños, que está á punto de morir por haber perdido á su hija. He pensado que mi Luisa os recordaría, por su edad, por su belleza, á aquella que la muerte os arrebató; que tal vez pueda reemplazarla cerca de vos, y vengo suplicante á deciros: «Señor, prohijad á mi hija, dadla vuestro nombre, salvadla del vicio, y haréis una acción que Dios os agradecerá, porque ama á los niños.»

Y después de pronunciar estas palabras, Lucía Aubré miraba al señor Dubreuil, tratando de leer en su rostro la impresión que aquella proposición inesperada le había producido. Éste, con la cabeza entre las manos, parecía reflexionar.

—Señora (dijo al fin): creo que sería, en efecto, meritorio y hermoso el adoptar y educar santamente á una niña que ha venido al mundo en tan malas condiciones. He perdido mi hija, y amo á los niños; no espero gozar de la dicha

de tener más, y tal vez la obra de misericordia que me habéis propuesto me hubiera seducido; pero aquí se trata....., ¡no puedo hacerme ilusiones!...., de una venta, de un negocio.... Habéis estado delicadísima, y me presentáis como cosas distintas la oferta de darme vuestra fortuna y la de confiarme vuestra hija; pero es evidente que lo que hacéis es ofrecerme una cierta cantidad por adoptar vuestra niña, y esa es una especulación que yo no puedo aceptar.

—Señor (replicó la dama vivamente): os equivocáis. Os doy este dinero como al más honrado, como al más experto y digno banquero que conozco, y el que adoptéis ó no adoptéis á mi hija, nada ha de influir en esto: no se trata, pues, de compraros.

—Pero esta suma que me ofrecéis...., os ruego me perdonéis lo que voy á deciros, señora, no puede tener una procedencia honrada; después de lo que me habéis dicho sobre vuestra.... posición....

—Estáis en un error, caballero. ¡Ah! ¿Creéis sin duda que esa fortuna es el precio de mis infamias? ¡Oh! No, no; ¡jamás me hubiera atrevido á ofreceros semejante dinero! El que os ofrezco no me pertenece, no me ha pertenecido jamás; es de mi niña, á quien se lo dejó su padre, su verdadero padre, en legítimo testamento. El dinero dejado por un moribundo á mi hija

es sagrado, y creo que no puede nunca manchar las manos del que le toca.... ¡Oh, señor! (continuó suplicante.) Dejadme enterneceros, y dignaos comprender el sentimiento que me guía. Si os negáis, ¿á quién podré ya dirigirme jamás? ¡Mi hija se perderá! ¡Pobre ángel mío! ¡No, ella no debe ser responsable de las faltas de su madre! Tiene cinco años, y no sabe más que reír, cantar y amarme un poco. ¿Teméis tal vez que al prohibarla os vais á ver en la necesidad de aceptarme á mí también, de sufrir mis visitas y mis consejos? No lo creáis. Lucía Aubré no tiene la pretensión de entrar en la familia del señor Dubreuil, de mezclarse en sus asuntos. Seréis padre con toda libertad; yo no seré nada, no la veré más; me privaré de sus besos, y me marcharé de Francia. Esto será muy cruel para mí, que no vivo más que por ella; pero pensaré que no es más que para su dicha, y estaré suficientemente pagada. Vos me escribiréis alguna vez, ¿no es esto, señor?... ¡No me respondéis nada!.... ¿no he destruído victoriosamente todas vuestras objeciones?... Si no estáis aún decidiendo, ¡qué más podría deciros, Dios mío!

—Señora (dijo el señor Dubreuil, que había enmudecido): un hombre no tiene las cualidades necesarias para educar á una niña, y, por desgracia, mi mujer no podrá vivir largo tiempo.

—Os ofrezco el medio de salvarla (replicó Lucía, haciendo el último esfuerzo). Escuchadme.... Una madre había perdido á una hija que adoraba, y, como vuestra mujer, se moría de dolor. El médico desesperaba de salvarla; pero un día encuentra á una niña de la misma edad de aquella que él había visto morir: una idea acude á su imaginación. Obtiene de los padres de aquella niña que se la confien; la viste como vestían á la otra niña, y la conduce dulcemente al cuarto de la enferma, que hacía poco se había quedado dormida. Cuando vuelve á abrir los ojos y ve cerca de su cama á aquella niña que la sonríe, cree reconocer á su hija, y, arrojando un grito de alegría, se precipita del lecho y corre á abrazarla. Después se detiene, mira atentamente, reflexiona, y mueve la cabeza; pero no pudiendo resistir más tiempo el deseo de oprimir contra su corazón aquel delicado ser que la recuerda al que tanto ha amado, la coge, y cubriéndola de besos, estalla en sollozos.... ¡Estaba salvada, señor! Desde la muerte de su hija, la pobre madre no había podido llorar, y aquellas lágrimas comprimidas eran las que la hacían morir.

Y como el señor Dubreuil, conmovido por aquellas últimas palabras, permaneciese silencioso, Lucía Aubré se levantó.

—Señor (le dijo): la resolución que os ruego toméis es tan grave, que no tengo la pretensión

de hacérosla adoptar en este momento. Quiero que reflexionéis, y mientras, esperaré vuestra decisión en mi casa; pero, si os matáis mientras tanto, quiero que sepáis que no es sólo de vuestra vida de la que tenéis que responder á Dios, sino que también tendréis que responderle de la de varias personas á quien podéis salvar.

Ocho días después de esta escena, el salón de *Tortoni*, llamado de fumar, tenía la animación que reina habitualmente entre las doce y la una, hora en que los teatros empiezan á cerrar sus puertas. Delante de una mesa, y enfrente de una taza de te, Desobry leía los periódicos de la noche, esperando, sin duda, á alguien, pues levantaba siempre la cabeza cuando oía que alguien subía la escalera. Ya había cambiado algunos apretones de manos con los que habían entrado, cuando apareció Nanteuil, y se sentó cerca de él.

—Esperaba veros aquí, —le dijo.

—Os esperaba (replicó Desobry); parecía que ibais á dirigiros hacia aquí hace un cuarto de hora, é iba á saliros al encuentro, cuando os detuvísteis á hablar con el señor Dubreuil.

—En efecto: le preguntaba por su mujer, que estaba muy mala hace algunos días; y que, según me ha dicho, no está ya en un estado grave; pero no se trata de eso: yo vengo á rogaros que me digáis lo que ha sido de Leona; sois su más íntimo amigo, y debéis saberlo.

—Iba á haceros la misma pregunta, pues nada sé. Al día siguiente del baile de Palmira, fui á su casa, y no la encontré; al día siguiente hice la misma visita; pero inútilmente también. Dos días después, iba á subir las escaleras, esperando ser más dichoso esta vez, cuando el portero me detuvo para decirme que ya no vivía allí, y que había partido súbitamente la víspera, sin decir dónde iba, después de haber vendido sus muebles y haber hecho sus maletas.

—¿No os ha escrito?

—No; ¿y á vos?

—Yo he recibido dos líneas: me encarga que diga adiós á sus amigos, y me dice, entre otros detalles, que, siéndole insoportable la vida de París, se embarcaba para América.

—¿Para América decís? ¿Con Orchamps tal vez?

—¡Cómo! (dijo levantándose un joven, sentado en la mesa próxima, á quien los dos conocían de vista.) ¿Orchamps ha partido para América?

—Acaban de decírmelo.

—Pero es que me debe mil luíses.

—Pues era el momento más oportuno para dejar á París,—observó Desobry.

Nanteuil, exaltándose, le dijo:

—¿De suerte que Leona ha partido con ese hombre?

—Estoy seguro de lo contrario.

—Sin embargo, han abandonado en el mismo día á París, y van al mismo país.

—Esto es indudablemente una casualidad, estad persuadido de ello. Es posible que Orchamps haya partido con ella; pero yo juraría que Leona no ha partido con él.

—Tal vez,—suspiró Nanteuil.

—Yo tengo más por qué condolerme que vos (replicó Desobry). Vos perdéis una querida, y mañana mismo podéis encontrar otras diez; mientras que yo pierdo una amiga cariñosa, que es mucho más difícil de reemplazar.

En aquel momento los mozos suprimieron parte del gas, haciendo comprender de esta manera delicada que había llegado la hora de cerrar el café.